

cosa grave, que hubiera alarmado profundamente á la señora de Aubray, si lo hubiese sabido; se sintió muy conmovido al aproximarse á su pareja del baile anterior. Sextilia, bastante experimentada para comprender aquel mudo homenaje, hizo al recién llegado la más graciosa acogida; pudiera ser también que durante la semana transcurrida, hubiese tenido ocasión de oírle alabar, y creyese conveniente dar la razón á los maldicientes que se habían propuesto casarla con él. Octavio salió de este segundo baile más enamorado que nunca, y al día siguiente hizo sus confianzas á su madre, que bastante inquieta desde la noche anterior, las había provocado, y le decía:

—¿De qué sirve estar tan enamorado?—le preguntó.

—Pues para estarlo.

—¿Y eso te divierte?

—No, me entretiene.

—Pasatiempo muy peligroso—observó la señora de Aubray.

—La ligereza de corazón que tantas veces me han echado en cara será mi salvaguardia.

—¿Y si Sextilia llega á quererte?

—¡Oh! tranquilízate; mi pasión no me ha vuelto ni sordo ni ciego; á Sextilia le gustan demasiado los trajes, la sociedad y los placeres; se ocupa demasiado en agradar á todos, es demasiado coqueta, en fin, y convengo en ello contigo, para que pueda y quiera atender á uno solo.

Estas palabras disiparon, en parte, los te-

mores de la madre de Octavio. Para haberse enterado de los defectos de Sextilia, y para convenir en ellos era preciso que estuviese menos enamorado de lo que decían.

Otra reflexión acabó por darla completa seguridad. El invierno iba á concluir muy pronto y con él los bailes y las reuniones. Octavio no tendría ocasión de encontrar á la señorita de Martrais, y la olvidaría con tanta facilidad como se había enamorado de ella.

V

Por eso se vió á la señora de Aubray abandonar poco á poco su vigilancia habitual y no inventar nuevas mañas para retener á su hijo al lado suyo. Octavio pudo, desde entonces, disponer de todas las noches, no perdiendo ocasión de encontrarse junto á Sextilia, por lo que su amor, como era natural, fué en aumento.

Pero sin embargo continuó disfrutando de la tranquilidad de espíritu de que había dado muestras á su madre. La señorita de Martrais tenía una conversación tan agradable, se servía para sostener teorías demasiado atrevidas, á veces, de frases de tal manera extrañas en boca de una joven, tenía un modo de sentarse, de levantarse, de apretar la mano, de compro-

meter en un salón en provecho suyo, en una palabra, tenía tanto de mujer casada y tan poco de muchacha soltera, que Octavio, poco familiarizado con esas costumbres americanas que de día en día van tomando carta de naturaleza entre nosotros, no podía considerarla seriamente como una joven á propósito para mujer propia. Ocupábase de ella como podía hacerlo de una joven que agrada y á quien se desea agradar sin temor de comprometerla ni pensar en contraer con ella ninguna clase de compromiso formal.

Era uno de tantos amores que nacen en el invierno al compás de un vals y que acaban con las primeras hojas de los árboles: cambio de suspiros, involuntarios apretones de manos, flores que se caen y son recogidas al momento, graciosos recuerdos de que las imaginaciones soñadoras hacen cosecha durante cuatro meses del año para gozar con ellos durante el verano á la sombra de un árbol junto á un claro arroyuelo: cosas, todas ellas, que poetizan la temporada del veraneo, ayudando á esperar el invierno y la realización de esos iniciadas amores sin comprometer el porvenir.

Pero un día, Octavio cometió la imprudencia de hacerse presentar en casa de los señores de Martrais, sin pensar que se exponía deliberadamente á un peligro seguro. Sextilia, á quien sus muchas ligerezas la habían hecho poco peligrosa hasta entonces, podría serlo de allí en adelante por los encantos de la intimidad y la indulgencia que podría inspirar.

Los defectos que en sociedad Octavio había notado en Sextilia, le parecían, en el silencio del hogar, al lado de la chimenea, cualidades dignas de estima. Le gustaba el agradable palique de Sextilia, su abandono de criolla, la soltura de sus maneras, su coquetería de niña mimada. Lo que él había creído afectación lo encontró natural y verdadero, y de una franqueza digna de aprecio; llegó hasta felicitarle de que no tuviese ese aire de inocencia, y esa reserva fingida, esas maneras y ese lenguaje ficticios que las madres enseñan á tener á sus hijas al encontrarse en edad de buscar un esposo.

Octavio se decía en su interior que á la señorita Martrais la habían juzgado muy mal; que el hombre despreocupado que la pidiese en matrimonio no haría una locura mucho mayor que si se casase con otra educada por una madre que tuviese fama de ser excesivamente rígida, ó con cualquiera educanda de un convento. La coquetería de Sextilia le pareció simple deseo de agradar; sus inconsecuencias, naturalidad y gracia; su amor al lujo, de que se la acusaba, sentimiento de lo bello y de las buenas cosas. Pensó, en fin, que bajo una hábil dirección no dejaba de tener cualidades que bien desarrolladas no borrarían todos los defectos, y concibió el deseo de ejercer esa dirección. De este modo paso á paso, Octavio acabó por considerar como aceptable un matrimonio que antes creyó perjudicial, y entró con tanta mayor facilidad en esta vía, cuanto que la familia de

Sextilia y ella misma, no parecía que tenían empeño alguno en comprometerle. Era recibido con benevolencia, pero no era objeto de ninguna de esas indirectas estudiadas, de esas coqueterías significativas que prodigan muchas veces las jóvenes deseosas de encontrar un marido, y los padres que buscan un yerno.

Los de Sextilia ¿obraban así por cálculo? ¿Querrian, con una indiferencia simulada, evitar que Octavio concibiese dudas, para conseguir ellos sus fines, sin que él se apercibiese? ¿ó esa frialdad provenía de la tranquilidad de espíritu y la confianza en sí mismo que da una buena dote? Octavio no se ocupó de resolver estas cuestiones: no nos atreveríamos tampoco á afirmar que se le ocurriera proponérselas; tanto dañaba su intimidad con Sextilia á la serenidad de juicio que antes mostrara, y con la cual había conseguido que su madre estuviera tranquila.

Felizmente, una madre tan vigilante como la de Octavio, no debía tardar mucho en ver los rápidos cambios experimentados por su hijo. Padecía continuas distracciones; con suma frecuencia se le veía triste sin motivo aparente; él tan comunicativo de ordinario, se encerraba en una alarmante reserva, y en vez de hablar de Sextilia, como otras veces, de discutir sus defectos y de burlarse de las gentes mal intencionadas que le casaban con ella, evitaba, por el contrario, esa conversación, por temor de estar en desacuerdo con su madre por primera vez en su vida. Estos indicios hubieran bastado para llamar la atención

de la señora de Aubray, aun cuando algunos indiferentes, entre los cuales es preciso incluir á la señora de Macé y su hija, no hubiesen tenido singular placer en darla cuenta de las nuevas relaciones que existían entre los dos jóvenes. Esta vez comprendió toda la gravedad del peligro y tembló ante la idea de que no pudiese combatir con probabilidad de éxito, puesto que estaba privada de lo que hasta entonces constituía su mayor fuerza: la confianza de Octavio.

Si hemos acertado á dar idea clara de la señora de Aubray, fácilmente se comprenderán sus sufrimientos, agravados en esta ocasión, con no atreverse á decir á su hijo el motivo de ellos. ¡Qué de horas tristísimas! ¡Qué de noches sin dormir! ¡Qué de lágrimas furtivamente enjugadas, hasta que después de mil esfuerzos pudo obtener de Octavio la confesión de ese amor que ella hubiese querido combatir, y que él ocultaba para que no fuese combatido! Tenía remordimientos; se acusaba de no haber cumplido bien sus deberes de madre; de haber sido poco previsora y muy torpe, por no haber sabido romper violentamente, desde el primer día, aquel amor que no podía ya vencer. Exageró su alcance y se figuró el porvenir con los más sombríos colores. Octavio quería casarse á todo trance, y si ella se oponía con su rigor, se enagenaba el cariño del que ella adoraba, ó antes de llegar á tal extremo, daba el consentimiento deseado, y veía desgraciado á su hijo para toda su vida.

Hasta se preguntó si la mala opinión que había concebido de Sextilia, sería injusta; quiso descubrir en ella méritos ocultos para explicar la pasión de que era objeto; se la vió preguntar á unos y á otros, y adquirir datos de personas que debía suponerlas favorables á Sextilia. ¡Ay! Al fin tuvo que confesar que á esa joven le faltaban las cualidades que una madre se complace en ver reunidas en la mujer de su hijo. Volvió de nuevo á su idea dominante: salvar á Octavio á todo trance del riesgo que su porvenir corría.

VI

Una noche, en una reunion familiar, donde había ido la madre de Octavio, después de haber agotado diversos asuntos, se habló de la medicina homeopática. Al instante, algunas voces atrevidas, la proclamaron soberana é infalible, y no vacilaron en dar el epíteto de rutinaria á nuestra docta facultad. Consiguieron el objeto que se habían propuesto: calurosas interrupciones salieron de todos los lados del salón; las señoras, sobre todo, chillaron á su placer y se propusieron castigar con las más severas penas á todos los que, faltos de principios, emitían tales teorías; las más indulgentes se contentaron con rogar á la due-

ña de la casa que llamase al orden á aquellos espíritus innovadores. Estos hablaron de defenderse, pero se temió que no tuviesen al servicio de su causa argumentos serios, y se prefirió tratar en broma la cuestión más bien que profundizarla.

—SIMILIA SIMILIBUS. *Un clavo saca otro clavo.* ¿Conocéis un principio más falso que ese?—decía uno.—Es decir, que hoy, por ejemplo, me da la jaqueca en el puente de la Concordia; pues mañana á la misma hora, atravieso el puente de las Artes, y ya estoy curado.

—No señor—dijeron otros;—para que la curación sea completa, tendriais que pasar el puente de la Concordia, al día siguiente, otra vez.

—Una bala me lleva una pierna; en vez de desvanecerme como harían los ignorantes, tengo la presencia de ánimo necesaria para acordarme del SIMILIA SIMILIBUS homeopático; voy dando traspieses hasta ponerme á la boca de un cañón, sale el tiro, me lleva la otra pierna y ya estoy curado.

—Indudablemente, os veis libre de las dos piernas.

Uno de nuestros más célebres doctores que está haciendo su fortuna dedicándose á la medicina legal, y que, con notoria ingratitud, se había sentado desde el principio de la discusión en el banco de los defensores de la homeopatía, tomó la palabra.

—Señoras—dijo,—confeso que vuestras burlas han dado un golpe mortal á nuestra

desgraciada causa: nos declaramos vencidos y pedimos perdón. Permitidme, sin embargo, decir tan sólo que la homeopatía, en vez de merecer tan triste suerte, debiera tener todas vuestras simpatías; que, lejos de ser moderna su creación, se remonta á los tiempos más remotos, y que antes de aplicarla á la curación de las enfermedades del cuerpo, ha sido empleada, desde que el mundo existe, en curar los males del corazón y del alma.

Apenas el hábil orador pronunció estas palabras, *el corazón y el alma*, todas las señoras prestaron atención; poco faltó para verlas ya dispuestas á ponerse al lado del que ponía, al servicio de su causa, expresiones tan profundamente femeninas.

—Doctor—le dijeron,—no abuséis de nuestra reconocida buena fe; vamos, desarrollad esa tesis.

—Con mucho gusto; pero para hacerme comprender mejor, ¿me permitiréis que ponga un ejemplo?

—Y dos también, ¿es lo que más nos gusta!

—¿Se entiende que han de ser buenos?

—Claro, los malos se siguen algunas veces pero no se piden; ¡ea, que estamos esperando!

—Empezaré por dirigir una pregunta á los caballeros.

La parte masculina dijo:

—Antes se nos despreciaba, ahora tienen necesidad de nosotros y nos hacen la corte.

—Es muy natural—dijo la dueña de la

casa;—el doctor busca buenos ejemplos y sólo ustedes pueden proporcionarlos.

—Esa lisonjera explicación nos satisface, doctor, estamos dispuestos á contestar.

—Caballeros, ¿cuántas veces, en vuestra vida, os habéis enamorado? díganlo con toda sinceridad.

—¡Qué indiscreción! Señoras, no permitáis...

—¡Al contrario, si sois francos, empezaremos á comprenderles! Responda uno al momento. Vos el primero.

—Yo no me he enamorado nunca—contestó aquél á quien se habían dirigido; pero añadió con aire sentimental,—voy á estarlo muy pronto. ¿Mi respuesta, doctor, puede ser útil?

—¡No, porque no es franca! Que conteste otro.

—Yo, he querido dos veces.

—Yo una vez, y amo todavía.

—Yo, cuatro veces.

Al oír esta confesión, algunas señoras prorrumpieron en gritos de indignación.

—Yo, esperad un poco, tengo que recordarlo.

—¿Pues qué, tantas son?

—Por favor, no contéis por los dedos.

—Perdonadme; no tengo otro medio de acordarme.

—Dejémosle...

—Tres... cuatro... cinco... seis...

—¡Dios mío! ¡eso es espantoso!

—¡Si le bastan los diez dedos, menos mal!

—Doctor, después de repasar bien la cuenta me veo obligado á declarar que he estado enamorado nueve veces.

—¡Y tan jóven!

—¡Ya veis lo que producen las revoluciones!

—Señoras—dijo el doctor,—pido que seáis indulgentes con ese caballero.

—Eso es porque debe servir de poderoso auxiliar para la tesis que sostenéis.

—Es cierto; lo confieso sin rebozo. Decidme, ¿de esas nueve mujeres que habéis querido, habrán sido rubias algunas de ellas?

—Lo menos la mitad.

—¡Eh! ¡mucho cuidado! —le dijeron,— que la mitad de nueve son cuatro y media, y esa media mujer, no hay medio de explicarla.

—Es que uno de mis nueve amores no era ni rubia, ni morena; tenía un matiz indefinido.

—Recurro de nuevo á vuestra franqueza, por todos reconocida. Por causa de alguno de esos nueve amores ¿no habéis tenido dudas sobre vuestra tranquilidad futura? Perdidamente enamorado, por ejemplo, de una rubia sin dote, y conociendo las exigencias de vuestro corazón, ¿no habéis temblado ante la idea de un matrimonio inevitable dentro de muy corto plazo?

—Lo confieso sin rubor; me ha ocurrido ese caso.

—¿Qué habéis hecho entonces?

—He procurado enamorarme de cualquier

morena encantadora que excediese á la rubia en belleza, y me he alejado de la primera para acercarme á la segunda.

—¿Y el nuevo amor ha servido para curaros del antiguo?

—Por completo.

—Pues bien, señoras—exclamó el doctor triunfante,—¿no es esa la homeopatía moral? Un amor cambiado por otro amor, una mujer sustituida por otra, y la curación más ó menos larga según los estragos que la enfermedad había causado en el corazón. Creedme, siempre, y en todas épocas, ha sucedido esto mismo.

Esta conversación, que parece separarse algo del asunto que tratábamos, ejerció gran influencia en los amores de Sextilia y Octavio, y nos permite llegar pronto á la conclusión de esta historia.

La señora de Aubray había tomado parte en la discusión que se había promovido á su presencia. No se veía libre de sus preocupaciones. Pero aquellas palabras del doctor: *homeopatía moral*, llamaron vivamente su atención, sin cesar entretenida en buscar algún remedio seguro para la curación de Octavio.

—Para hacerle olvidar ese amor que me desespera—se decía,—¿por qué no había yo de casarle con alguna joven que, bajo todos aspectos, le conviniese más que Sextilia?

Pero se convenció con dolor, de que á no causar á su hijo disgustos gravísimos, tenía, antes de poderle dar una mujer elegida por

ella, que destruir el amor que sentía por Sextilia.

Estas primeras reflexiones la condujeron á otras de diversa índole. Al día siguiente la señora de Aubray notó cierta palidez en el semblante de Octavio, y con exagerado temor, después de mil combates en que el cariño materno triunfó de la delicadeza femenina, llegó progresivamente á abordar la cuestión.

En la tesis que el doctor sostenía, se trataba tan sólo de reemplazar un amor por otro amor, una rubia por una morena, ó una morena por otra, puesto que el color del cabello era lo menos importante. Mi hijo está enamorado de Sextilia, sencillamente porque está en esa edad en que después de haber tenido ya amores demasiado carnales, se opera una especie de reaccion en los jóvenes corazones y sienten la necesidad de tener amores honestos y puros. La crisis ha pasado ya, pero Octavio se halla en estos momentos demasiado herido para ir, como otras veces, en busca de otra mujer, aunque fuese mil veces preferible á la señorita Martrais. Era preciso que esa mujer se encontrase en su camino por casualidad, que se viese obligado á fijarse en ella y á admirarla; acaso entonces consintiese en seguirla, echándola algunas miradas á hurtadillas, y suspirando para descargo de su conciencia, pero sin volver sobre sus pasos.

Así presentada la cuestión, eran precisos dos días á la madre de Octavio para familiarizarse con ella; y después, durante el tercer

día, se atrevió á preguntarse á sí misma, pero muy bajito, si no sería deber suyo proporcionar ese encuentro que pudiese salvar á su hijo.

Debatido y resuelto este punto, no se trataba ya más que de atreverse á ello, y tener la suerte de encontrar una mujer capaz de sorprender el corazón ya ocupado de Octavio. La madre de éste, por su mismo cariño guiada, había dado muchos pasos de esa clase desde hacía tiempo, y siempre su imaginación había acudido en auxilio de su amor materno.

¿Deberé buscar mi hada bienhechora, se preguntaba, en la sociedad que ha frecuentado mi hijo antes de su encuentro con la señorita de Martrais? No, de ningún modo; tal vez el remedio fuese peor que la enfermedad.

Entonces se ofreció á su espíritu, sin poderlo remediar, el recuerdo y la imagen de muchas mujeres conocidas suyas.

La de D... es muy bonita, decía, mucho tiempo fué muy del gusto de Octavio, pero está casada.

Reflexionó profundamente, y era indudable que en su interior se estaba librando algún empeñado combate. Por fin, exclamó con energía. ¡No, es imposible; es inútil pensar en ello!

Después continuó nombrando algunas jóvenes que concurrían á su casa.

La de C... es buena también; pero tiene casi la edad que yo. La de O... no la encuentra Octavio de su agrado. La de S... también está casada.

De repente se sonrió y pronunció entre dientes un nombre. Y no queriendo ocuparse más tiempo de pensamiento tan delicado, decidió dejar el asunto para otro día.

VII

Al día siguiente, á las dos, la señora de Aubray, un poco pálida y con los ojos enrojecidos, acaso por insomnios demasiado largos, atravesó calles y plazas y llegó á la puerta de la señora de Chesne. Allí se detuvo y estuvo un momento indecisa; hizo un movimiento como para marcharse, pero volvió al momento y entró resueltamente.

—Hace un siglo que no os veía— dijo Laura de Chesne haciendo sentar á la madre de Octavio.—No os lo echo en cara, porque reparáis vuestro olvido demasiado bien para que tenga yo el valor de no perdonaros, pero es lo cierto que me teniais inquieta.

—Pues yo, menos indulgente que vos, vengo á reñiros porque no vais á verme. Siempre estaba esperando vuestra visita.

—Temía incomodaros, porque habia oído decir...

—¿Qué?

—Que á consecuencia de graves preocupaciones os habiais sepultado en vuestra casa.

—¿De qué preocupaciones habláis?

—No sé yo si debo...

—Sí, por favor.

—Sentiria ser indiscreta...

—Entre nosotras es imposible.

—¿No me habéis hablado una noche en el teatro de ciertos amoríos que sentiais mucho?

—Tal vez; esperad que me acuerde. ¡Si! del amor que mi hijo empezaba á sentir por la señorita Sextilia de Martrais, ¿es eso?

—Sí; pero veo que no me han dicho la verdad—dijo Laura engañada por la frialdad que afectaba la de Aubray;—y no continuó mis confidencias.

—Hariais muy mal, porque tengo muchos deseos de oirlas.

—Pues bien, en dos palabras, puesto que lo deseáis absolutamente. Habia oído asegurar, sin duda á gentes mal informadas, que este amor habia hecho grandes progresos, que Octavio iba con frecuencia á casa de Sextilia, y que vos estabais bastante inquieta porque se empezaba á hablar de su matrimonio.

—Pues hay mucho de verdad en todo ello, pero estad segura, querida Laura, que no estoy tan intranquila como os habian hecho creer, y que el asunto es menos grave de lo que creéis.

—Entonces no me queda más que arrepentirme de haberme ocupado de ese asunto.

—Por el contrario, os lo agradezco y os doy gracias. La importancia que habéis dado á esos rumores, atestigua vuestro cariño hacia mí. Pero hablemos un poco de vos; no os

diré nada de vuestra salud, porque me parece que os encontraréis divinamente. ¿Qué hacéis para no sentirnos cansada después de un invierno tan divertido? Porque no os hemos perdido de vista, y sabemos que habéis acudido á muchas reuniones y habéis bailado de lo lindo.

—Perdón—observó Laura,—habéis dicho sabemos: ¿qué significa ese plural?

—Porque hablo en mi nombre y en el de Octavio. ¿Y á pesar de tantas noches de baile, vuestra salud no se resiente?

—Al contrario, y estoy pesarosa de que hayan terminado por este invierno.

—¿Dónde pasaréis el verano?

—No lo sé aún; no quisiera quedarme en París. Pero, ¿dónde ir? En los baños de mar ó en los establecimientos de aguas medicinales, bien lo sabéis vos, no se hace más que continuar las diversiones del invierno. No tengo ninguna casa de campo, porque la de mi esposo se la ha dejado á su hermano en el testamento; será preciso alquilar alguna; pero ¿en qué parte?

—En mi país, en Normandía.

—No encontraré ninguna.

—Vos de seguro; pero yo que conozco el país, si me autorizáis para ello me comprometo á encontraros algún encantador retiro.

—Sois muy amable.

—Indicádmelo no más, y empiezo á dar pasos, y ahora que lo pienso, ¿por qué no hemos de estar juntas las dos?

—¿Cómo?

—Nada más sencillo; venís á pasar una temporada á mi casa, y las dos solas, como viudas que somos, recorreríamos todos los alrededores hasta el día que hubiésemos hallado lo que nos conviniese.

—Verdaderamente, no puedo...

—Que no podéis; ¿quién os lo impide? Es un favor que me hacéis, porque debo confesarlo, me parece que este verano voy á estar mucho tiempo yo sola en casa. Octavio habla de hacer excursiones á Dieppe, á Trouville, y qué se yo á cuántas partes más. Sería yo muy dichosa si consintieseis vos en reemplazarle. No conocéis nuestras posesiones; no tienen nada de feudal, no hay que pensar en encontrar almenas ni puente levadizo, los castaños no tienen doscientos años, pero es muy alegre y está bien situado; hay caballos en la cuadra á nuestra disposición: una jardinera en la cochera y bonitos paseos en las cercanías. Os pondréis divinamente, gracias á los aires sanos y á la buena leche que hay allí; y no os aburriréis mucho. Vamos, aceptad y seré muy feliz.

—No soy insensible á tanta amabilidad—respondió Laura,—pero...

—Todavía el pero... ¡qué palabra más fastidiosa! Me marchó por no oírla. Nos iremos cuando queráis; esta semana misma si os parece; nada hay que me retenga en París, y, si no tenéis bailes ya, no veo tampoco qué pueda impedirnos venir conmigo para aprovechar los primeros días hermosos de este año.